



## El tiempo y la experiencia creadora

El tiempo forma parte de aquellos conceptos que todos creemos saber qué significan cuando los pronunciamos o los oímos, pero que nos ponen en un aprieto si alguien nos pide que los expliquemos. Esta idea, desde que la formuló san Agustín, se ha repetido mil veces, y ya es un tópico. Un tópico que aguanta firme el paso de los siglos. De todas maneras, los habitantes del siglo xx tenemos una sensación: que nuestra época ha visto la aceleración del tiempo, la percepción de que todo va mucho más rápido (comenzando por nuestra vida que, a pesar de que se alarga, parece haber perdido sus tiempos muertos). Y que este ritmo es creciente. Por lo tanto, que nadie sabe hasta dónde podemos llegar. Al mismo tiempo nadie duda de que esta aceleración –función de la velocidad y del tiempo– comienza a tener consecuencias manifiestas sobre la misma bestia humana y sobre la cultura. Una cultura que, por ejemplo, tiene prohibido el tedio, una de las pocas formas empíricamente demostradas de frenar un poco el tiempo.

Se extiende la sensación de que la vida se comprime. Y crece el ansia por almacenar, es decir, por guardar y acumular, en un momento en que una enciclopedia cabe en un disquete. Todo son ejercicios para auto-convencernos de que todo lo que hemos hecho es importante y vale la pena que sea guardado. La memoria de las generaciones anteriores nos ha llegado en pequeñas dosis porque era poco lo que se conservaba y era fino el cedazo de la historia. ¿Qué harán las futuras generaciones con la masiva herencia que les dejaremos? ¿La seleccionarán de nuevo? ¿O aceptarán las jerarquías establecidas por nosotros?

De la filosofía a la física, las vías de aproximación al concepto de tiempo son muchas. Del tiempo psicológico al tiempo cronometrado, las experiencias del tiempo son interminables y, a menudo, intransferibles. Hay, finalmente, una última instancia de conciencia del tiempo que cada uno tiene y que difícilmente es comparable o compartible. Y no obstante toda nuestra vida transcurre en conflicto con el espacio y con el tiempo. A la experiencia contemporánea del tiempo se puede acceder de muchos modos: las diferentes disciplinas del saber concernidas han sido convocadas a la exposición «Arte y tiempo». Pero, por encima de todo, lo que se ha hecho es dar la palabra a los artistas. Pedir a los artistas la expresión de su experiencia del tiempo. Naturalmente, no podía faltar a la cita la música: su textura, en definitiva, es el tiempo. Jugar a disponer en el tiempo las notas musicales es su trabajo. Por esta razón la corta vida de una partitura –que va desde el principio hasta el final sin detenerse– ha sido siempre una imagen de la propia vida humana.

Este ejercicio sobre el tiempo, fue la exposición que reabrió el Centre Georges Pompidou a principios de año, después de las obras de reforma. Desde que el CCCB nació, en 1994, hemos recorrido, a menudo, camino juntos. Daniel Soutif ha dirigido este proyecto que llega a Barcelona releído después de la experiencia de las dos vidas que ha vivido: en París y en Roma. El tiempo no deja espacio para la repetición. «Arte y Tiempo» es otra encarnación de una misma exposición. Y también la promesa de que la relación entre el Centre Georges Pompidou y el CCCB está destinada a tener larga vida. Con permiso del tiempo.